

Carmen Martín Gaité

LOS PARENTESCOS

Prólogo de José Teruel

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

<i>Prólogo de José Teruel</i>	9
-------------------------------	---

LOS PARENTESCOS

Primera parte	15
I La boda de mis padres	17
II La casa zurriburri	30
III Los misterios de la fonética	39
IV El ángel caído	46
V Tarde de títeres	52
VI Colapso parcial	60
VII Los vecinos de arriba	66
VIII <i>Flashback</i> en un bar	75
IX Las preguntas	82
X De dragones y ejercicios escolares	88
XI Cambio de cuarto	96
XII El legado de Bruno	103
XIII Las mutaciones	115
XIV Biología e historia	122
XV Una visita al Alcázar	130
XVI Que en paz descanse	137
XVII El triunfo de <i>mister Hyde</i>	146

Segunda parte	157
I Datos sobre Olalla	159
II Los estertores de la provincia	169
III Bienes muebles e inmuebles	181
IV De terremotos	189
V La raya invisible (inicio del capítulo)	196

PRIMERA PARTE

I

LA BODA DE MIS PADRES

Cuando mis padres se casaron, yo tenía ocho años para nueve. Ya pensaba mucho, pero hablar casi nada, porque me llevaba demasiado tiempo estar atento a entender. Me había especializado en espiar la cara de la gente según habla, porque si no, no pillas nada, aunque hay que hacerlo sin que se note. La asignatura más difícil eran los parentescos.

A mis hermanos no les cayó bien la boda aquella, y a Lola menos que a ninguno. Entró en la habitación de los armarios, donde mamá se estaba poniendo una pamea grande adornada con frutitas por encima del ala, y dijo:

—¿A quién se le ocurre, por favor, mamá, con todo el río que ha corrido ya por debajo de los puentes?

Mamá estaba de pie. No volvió la cabeza, y a través del espejo contestó. Pero no a aquello del río y de los puentes, que tampoco tenía una contestación fácil, esa es la verdad. Preguntó ella otra cosa, que es un estilo muy suyo.

—¿Tú le quitarías las cerezas? —dijo, ajustándose la pamea y ladeándola un poco.

Lola tenía entonces dieciséis años, pero siempre ha parecido mayor de lo que es. Y le encanta ser ella quien diga la última palabra. Llevaba rotos los vaqueros, porque era moda.

—Las cerezas me dan igual —dijo—. Yo lo que quitaría es la ocurrencia esta del bodorrio, ¡qué cosa tan vulgar! Y encima un escopetazo. Os creeréis más modernos por avisarlo así de la noche a la mañana.

—Ya sabes que es un puro trámite —dijo mamá.

Yo arrugué la nariz y en ese momento Lola pasó de verme allí en el espejo como un bulto a mirarme directamente por primera vez. En la cara me notó, porque es más lista que el hambre, que a mí la palabra «trámite» se me había quedado zumbando alrededor de la cabeza como un moscardón de los que se dejan cazar mal. Apretó un dedo contra mi frente. Lo hacíamos alguna vez cuando jugábamos a las adivinanzas.

—¿Ves? —dijo—. Ni siquiera Baltasar lo entiende de puro absurdo. ¿A que no?

Dije que no.

—Y eso que es el más listo de casa —siguió ella—. Por cierto —añadió, fijándose mejor en mí—, ¿así vas a ir? ¿Te encuentras cómodo con esa ropa?

Dije que no, pero que me daba igual. Me habían puesto pantalón largo, camisa azulina y un chaleco. Todo de estreno.

Llevaba la mañana entera vestido así, dando vueltas por la casa y jugando a imaginarme que entraba en cada habitación por primera vez en mi vida y hacía suposiciones sobre cómo se llevaban unos con otros los distintos vecinos. En algunas vivían animales que podían hablar, en otras bandidos, magos o el hombre invisible, en la mía el capitán de un barco pirata, pero al principio siempre parecían otra cosa porque se solían disfrazar y yo los tenía que ir siguiendo de puntillas. Ellos también podían descubrir mi disfraz. Es un juego que me inventé desde muy pequeño, cuando vivíamos en Segovia. Como defensa, supongo, contra un bloque familiar de tantas esquinas. Y desde que entendí lo que quiere decir la palabra «transformación»; empecé a llamarlo el juego de las transformaciones, todo para dentro de mí o haciendo dibujos en un cuaderno. A Lola sí le conté una vez que jugaba a eso, aunque al contarle salía diferente,

y por lo que más la querré hasta que me muera es porque me guardó el secreto.

De todas maneras, aquella mañana de la boda encontré elementos que alteraban el ritmo de la casa y me dieron mucho pie. Llamaron más de lo corriente a la puerta y al teléfono, mandaron paquetes y de todos los recodos salían voces raras. El pasillo era un río lleno de piraguas que chocaban unas con otras. Claro que lo realmente pasmoso fue la aparición de Olalla. Entré en mi cuarto y me la encontré allí, saltando a la pata coja de la ventana a la cama.

—No se te ocurra pisar por encima de esa raya blanca —dijo—. Y si pisas, luego no te quejes de que notas alfilerazos por todo el cuerpo.

Estuve a punto de decirle que quién le daba permiso para meterse en mi territorio y menos todavía para andar marcando lindes ni dando órdenes. Pero la curiosidad por entender lo que había dicho era mayor que todo. Y lo primero que pasó es que miré para el suelo y no vi ninguna raya. Me moví un poco hacia la izquierda.

—¡Que la pisas, que la pisas! —avisó ella con voz de susto—. ¡Salta! ¡Ven!

Había bajado la pierna que tenía en alto y alargaba los brazos hacia mí, como si quisiera ayudarme a franquear una grieta peligrosa.

—¿Qué raya? No veo ninguna raya.

A todas estas, la miré a la cara, en vez de esconderme y disimular, como hago con la gente que no conozco. ¿De qué la conocía? No la había visto nunca, pero es como si la hubiera visto siempre. Tenía ojos negros de ratón, un poco juntos, coletas y cara de gnomo. Igual es que habían venido fotos suyas en algún anuncio, o sabe Dios.

—¿Que no ves la raya? ¡Pues eso sí que es grave!

Para mí lo grave es que me estuviera diciendo aquellas cosas tan raras una niña de verdad, algo más bajita que yo. Por si era de mentira, le pregunté que cómo se llamaba, un nombre siempre da pistas. Es cuando me dijo que Olalla. Fue mi primera pregunta.

Le pegaba llamarse así. Tenía que haberme bastado y sobrado, pero necesitaba indagar más. A ella en cambio no se la veía intrigada ni lo más mínimo. Nada más se fijó en un cartel que tenía colgado en la pared con el perfil de una cara vista por dentro, con la lengua, el velo del paladar y la tráquea en distintos colores. Era de tela encerada, con una tirita de madera arriba, y llevaba letreros.

—Se respira, se habla y se bebe por el mismo sitio —dijo—. Bueno, y también se sopla.

Luego abrió la puerta, como si quisiera irse.

—Ten cuidado, hoy el pasillo es un río y bajan piraguas —le dije, porque estaba deseando que me admirase.

Asomó la cara y se echó a reír. El pasillo estaba seco, como siempre, con la alfombra de rombos. Me dio rabia.

—Pues no sé de qué te ríes. La raya blanca que has dicho tú también es mentira. O sea que tal para cual.

—De eso nada, guapo —dijo seria—. Yo soy de otra tribu.

Aquello fue el no va más. La palabra tribu es de las que más me gustan del mundo. A veces la digo bajito para dormirme.

—¿Y con quién has venido, si eres de otra tribu? —le pregunté, después de mirarla ya descaradamente.

—Con mi abuelo, que es un sabio, el que hace los bebedizos.

—¿El que hace los bebedizos?

Ahora se volvía a reír, pero más simpática, como cuando se acepta un juego. Dijo:

—Sí, los bebedizos. Esa pregunta no te la cuento, porque es de las de repetir tipo lorito. Y solo te queda ya una. Son tres, para que lo sepas. Conque piénsatela bien.

Me había puesto nervioso y enseguida disparé un cartucho que a mí mismo me pilló de sorpresa.

—¿Y yo quién soy, vamos a ver?

—¿Tú? El niño cúbico. Adiós.

Me sacó la lengua, salió corriendo por el pasillo y se metió en el cuarto del fondo, donde casi siempre se encerraba Pedro a estudiar. Aquella mañana había gente allí hablando

con mi padre, estaba la puerta entreabierta. Ella no salió más ni se asomó.

Me quedé mustio, pensando que pudiera no volver a ver a Olalla nunca jamás, si es que la había visto en serio. Por si acaso, no quise perseguirla. Estaba como tonto, casi con ganas de llorar. Era la primera vez que me entraba una pena así al despedirme de alguien. Me había acostumbrado a mirar a todas las personas como sombras que se mueven, cambian y desaparecen. Y me parecía cosa de su condición.

Fue cuando me puse a buscar a mi madre, que es para mí lo más seguro del mundo, aunque no será porque ella no cambie; nunca se sabe de qué humor vas a pillarla. Y la encontré en el cuarto de armarios probándose la pamea. Creo que me vio en el espejo, seguro, pero hizo como si no. Me quedé esperando a ver cómo le decía lo de Olalla. Y al cabo de un rato elegí la vía más corta: soltárselo sin rodeos, como dando un recado, y ya está. Es la mejor manera, sobre todo si se pone voz de indiferencia.

—Oye —le dije—, ha venido Olalla. Con su abuelo.

Se molestó mucho, sin venir a cuento.

—¡Eres un hurón! ¡Siempre acabas metiendo las narices donde no te importa! ¡No sé por qué la han tenido que traer!

La voz le sonaba un poco ronca. La miré en el espejo, y, más que enfadarse, se escapaba de mí. Había bajado la persiana que le tapa la luz de los ojos cuando se pone triste. No me dio tiempo a más.

Enseguida es cuando vino Lola, que ya lo he contado, y me sacó del pasmo para meterme en otro. Las cosas en mi familia circulan a toda mecha, te atropellan, a poco que te descuides. Hay que andar con cien ojos.

Mamá acabó de abrocharse un prendedor en el escote, se miró por última vez al espejo y ya no hizo más comentarios. Estaba guapísima. El traje era color chocolate claro. Al salir a pasos rápidos del cuarto de armarios, casi se tropezó con nosotros, como si no nos viera.

—De verdad te lo digo que estás loca, mamá —insistió Lola—. La gente se va a reír.

—¿Y desde cuándo te importa a ti lo que diga la gente?

—A mí nada. Pero a ti bastante. Y a él más. Por vosotros lo digo, que sois los que hacéis el ridículo.

Ella se paró. En calma. Puso una mano en el hombro de Lola. No sonreía, pero tampoco tiraba a matar. Algo cansada sí parecía.

—No hace falta que vengas —le dijo—. Ya quedó hablando anoche, ¿no? No hace falta que vengáis ninguno. Ni siquiera Baltita, si no le apetece. Que es a quien más le debía interesar tener unos padres como Dios manda.

Yo me encogí de hombros.

—A mí me da igual.

Y al final fuimos todos. Lola llegó con Máximo en la moto. Se había cambiado los vaqueros por unos pantalones de ante negro. Máximo llevaba un anorak de cremallera. Da igual. Se ponga lo que se ponga, echa a andar y es como esos modelos que desfilan en la tele y parece que no se dan cuenta del cuerpo que tienen ni de la facilidad con que lo mueven.

Se quitó cada uno su casco y se quedaron un rato con ellos en la mano agitándolos, riéndose mucho mientras empujaban la moto. Luego Lola le ayudó a sujetarlos al manillar. Una Suzuki tenía entonces Máximo. Me daba envidia de las llavecitas que ponen en los candados, y también de lo fenomenal que se llevan esos dos. Por los gestos y las risas antes de dejar la moto subida a la acera, entendí que se estaban imaginando la cara de la gente si se atrevían a entrar con los cascos puestos, como si fueran sombreros elegantes. «Yo al mío le planto unas cerezas, ¿qué te parece?», dijo Lola, aunque no la oí. El don de adivinar de lejos las conversaciones lo tengo desde muy pequeño. A los cuatro años ya era de asustar, acertaba un noventa por ciento. Luego decaí algo, porque imaginar cosas por cuenta propia distrae

de concentrarse en los demás. Pero sigo siendo bastante experto. Y Lola lo de las cerezas lo dijo seguro.

Casi cuando ya estaba entrando toda la gente, llegó Pedro en coche con unos amigos, y se emparejó con Lola y con Máximo. Yo me pegué a ellos.

Era un edificio feo y por dentro oscuro, con pinta más bien de garaje, aunque con bancos. No sé a qué venía lo de tener unos padres como Dios manda, si en aquella boda no apareció ningún cura, que son los que bendicen. Claro que era un trámite, y eso debe de incluir que curas no.

—Ya no se lleva esto, y mamá no se entera —dijo Máximo, cuando nos estábamos sentando en uno de los bancos de atrás—. Ha perdido la brújula.

—La tiene averiada hace bastante —dijo Pedro, tan bajito que creo que solo le oí yo.

Pero luego le dio como apuro, porque es menos de criticar que ninguno de la familia. Y además la gente nos miraba. No se había sentado y se le veía inquieto.

—Es mejor que nos pongamos más adelante. Resulta desairado quedarse aquí, como si tuviéramos que escondernos de algo.

—Ahora se vuelve a los trajes blancos de mucha cola y velo por la cara —dijo Lola, como si no le hubiera oído—. En los Jerónimos con órgano y sermón, y si no, nada.

—Aquí huele como a cemento de obra —dijo Máximo.

—¿Te vienes, Balti? —me preguntó Pedro, en vista del poco caso que le hacían sus otros dos hermanos.

—Yo no. Estoy bien aquí.

Pedro es el mayor. Se lleva tres años con Máximo, y Máximo con Lola otros tres. Iba de azul oscuro, la chaqueta y el pantalón haciendo juego. Y corbata.

Se encogió de hombros y, según avanzaba hacia el banco donde se habían puesto los amigos que llegaron con él, saludó a algunas señoras. Anda algo patoso y pasa por feo, claro que comparado con Máximo no me extraña. Pero a mí, más que feo, me parece triste y sin misterio. Había terminado Derecho, toda la carrera con matrículas de honor, y

ya estaba trabajando en el bufete de un abogado. Salía con una chica rubia como desteñida, a la que conocí luego en el restaurante donde fuimos todos a comer.

Habían puesto un autobús para los que no llevaran coche y estaba lejos de Madrid. Creo que había sido la casa de un señor muy rico que luego murió y sus parientes la alquilaban para bodas. Yo cuando los aperitivos me puse a explorar por allí, había un jardín con estatuas, muchas escaleras que llevaban a galerías que nunca eran la misma, una armadura y cabezas de ciervos disecadas. Los camareros que pasaban con bandejas me miraban como a un marciano, porque niños no había y yo debía de tener pinta de estar perdido o equivocado de sitio. No sabían si ofrecerme bebida o no, y uno llegó a preguntarme que si estaba buscando a alguien. Le dije que no, pero era mentira, porque andaba oteando por todas partes a ver si aparecía Olalla saliendo de algún rincón. Hasta llegué a desconfiar de la armadura y llamé desde fuera con los nudillos. Pero solo sonó a hueco. En el garaje de la boda tampoco la había visto con el sabio de su tribu, y no sabía cómo disimular aquella curiosidad tan incómoda que no me dejaba fijarme en nada ni entretenerme pensando en otra cosa. Ni casi respirar. Aunque —eso sí— decidí no preguntarle a nadie por la niña de las coletas, y yo cuando decido una cosa la cumplo.

Pedro me presentó muy formalmente a su novia la rubia, y durante la comida me tocó sentarme en la mesa con ellos y otra gente. Había un chico que competía en campeonatos de tenis y era bastante famoso, al parecer se le había visto en televisión. Pocas veces he sentido estar pintando menos en un sitio, sobre todo porque se me había atrancado el pasadizo por donde me escapo a inventar cosas por mi cuenta. Y además a Pedro le molesta que me calle. Desde que lo conozco, se esfuerza por hacerme brillar ante los demás y meterme en la cabeza la moral del éxito. Se ha empeñado en que tengo problemas de timidez y me hace un caso que me agobia.

Yo a la rubia desteñida no sabía si darle la mano, un beso o qué. Le pregunté que si era algo mío.

—Tu cuñada —aclaró Pedro muy seguro—. Todavía no, pero no tardando.

La noción de fraternidad política es la más escurridiza de los parentescos, aunque todas lo son cantidad. Tengo la ventaja de ser larguirucho, y ella tamaño bolsillo, así que le di la mano, y parece que le gustó. Luego le pregunté por lo único que ayuda a situarse ante lo desconocido, por su nombre.

—Beatriz. O Bea, como prefieras.

—Bueno, Bea es más corto.

—O sea, que te gusta lo corto.

—No sé. Según con quién esté hablando.

Se rio como si le pareciera muy gracioso, pero no me miraba al reírse, sino a Pedro, hecha unas puras mieles. Es de las que se ríen más de lo normal. Y no se fía uno.

En eso sigue igual. Ahora ya se han casado, como era de esperar. Pedro gana mucho dinero y tienen un niño de cuatro años que nació de penalti. Lola dice que es un poco repipi, que no calla.

El domingo pasado fui a conocerlo, y me extrañó que nada más verme me llamara tío Baltasar. Traté de meterle en la cabeza que esto de los parentescos es una cosa sin fuste y que solo tengo diecisiete años. También le pregunté que si le gustan los trabalenguas. ¿No jugaba a los trabalenguas? Dijo que no.

—Pues mira: tío-tío-tío-oti-oti-tioti-otitío. ¿Qué es tío?

—Nada.

—¿Ves? Pues me llamas por mi nombre, me inventas uno, o me dices «oye» y nada más. ¿Ya somos amigos?

Creí que me estaba oyendo como quien oye llover, pero me preguntó inmediatamente que si me podía llamar capitán Pluma.

—Estupendo. ¿Es un nombre que se te ha ocurrido a ti?

—No. Es de un cómic. Pero te pareces.

Desde el primer momento noté que a Bea le hacía poca gracia mi intimidad con el chico, que llegó a llorar y a patalear cuando me fui, porque caprichoso sí parece. El capitán Pluma era flaco y con la nariz grande, como yo. Venía en

unos suplementos infantiles todos arrugados que fue a buscar a su cuarto. Le prometí que cuando volviera a visitarle traería plumas en la cabeza y una espada de madera.

—¿De verdad?

—¡Vaya por Dios! —interrumpió Bea—. Pues lo único que faltaba es que alguien viniera a darle alas a un crío ya de por sí locatis.

Pero ni siquiera al hacer aquella advertencia perdió la sonrisa, y seguía mirando al marido aunque me hablara a mí, como cuando eran novios. Los dos estaban de acuerdo en que la educación infantil debe ser muy estricta.

—A los enanos hay que adaptarlos a la vida práctica cuanto antes —sentenció Bea, mientras él asentía.

—A los enanos —dije yo— basta con ponerles un gorro rojo en punta y buscarles una seta.

Pero era un diálogo entre ellos y fingieron no oírme. El niño se partía de risa. Ha quedado claro que me excluyen, que el tío Baltasar resulta incómodo y hasta un poco peli-groso. No creo que vuelvan a invitarme más veces.

Viven en La Moraleja. Era una tarde templada de marzo y estábamos en el jardín, que lo riegan por aspersión. Se había discutido si merendar fuera o dentro, pero el chaval cogió una rabieta, porque prefería fuera, y se salió con la suya. Con la misma autoridad se negó a ponerse un jersey, aunque sus padres me informaron machaconamente sobre su propensión a los catarros. Total, que de la educación estricta adecuada a enanos pocos rastros vi. Y Pedro opinó que la culpa la tiene la madre de Bea, que mimaba mucho al nieto. Se pusieron a hablar de ella, pero yo no prestaba atención, obsesionado de repente, como antaño, por el misterio de los parentescos. «Esa señora no es nada mío», pensaba. «¿O tal vez sí? ¿Habrá también un nombre en las tablas de la ley para designar a la madre de una cuñada?». Bea, como si me la quisiera presentar, dijo que tiene un carácter muy dulce, que es la abuela que a ella le hubiera gustado conocer. No llegaron a discutir, ni a hacer comparaciones con mamá, a la que no nombraron

ni para bien ni para mal. Pedro quitó hierro a su conato de crítica.

—Claro, mi vida, yo no he dicho que no sea un encanto tu madre. Los mimos son propios de hijo único, de nieto único. Cuando nazca la hermanita, a todos se nos pasará.

Faltaba poco para la puesta de sol y se había levantado un poco de viento. Las nubes se arremolinaban, se teñían de rojo y desaparecían.

—Es que se echan a correr, porque le tienen miedo al sol, ¿a que sí? —dijo el niño, que no dejaba de mirar al cielo—. ¿A que el sol es el jefe? Saca la pistola y las mata, ¡pum!, les sale sangre.

Dijo también que la luna mandaba menos que el sol, que en el cielo no hay cubos de basura para tirar lo que se rompe. Y que quería ser astronauta.

Me entró una nostalgia rara. Yo a su edad también les buscaba una explicación urgente a las cosas del cielo y de los astros y se me ocurrían disparates, aunque no se los decía en voz alta a nadie. Todo aquello lo estaba inventando para mí, pero no me atrevía a mirarle. Quería escaparse con el capitán Pluma, lo llamaba y él le estaba traicionando. Lo supe. Pedro y Bea eran dos rocas impidiendo el paso, y no me apetecía presentarles batalla.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunté a mi hermano.

—Cuatro cumplió en enero.

—Es pasmoso lo bien que habla, ¿no? Yo no le sigo.

Y me salió voz de persona mayor, de tío.

—Ni tú ni nadie. Es un mareo —protestó Bea, mientras me ofrecía otra taza de té—. No para de decir simplezas una detrás de otra. Y así desde que abre los ojos. A mí me tiene de los nervios, te lo juro.

—Eso también te pasó la otra vez, cielo —dijo Pedro—. Ya te lo ha advertido el médico. Es del nuevo embarazo.

Me informaron que ahora era una niña y que la esperaban para finales de julio.

Yo seguía distraído, asomado a un balcón de la plaza Mayor de Segovia, mirando pasar las nubes del rosa al acero

y desaparecer detrás de la catedral; aquellas nubes alimentaban mis enigmas.

—Pues a tu tío —dijo de repente Pedro—, cuando tenía tu edad, había que sudar para sacarle una palabra.

Me sobresaltó como entonces, cuando me reñía. Tuve ganas de esconderme.

—¿No hablabas? —preguntó el niño—. ¿No sabías palabras?

—Las sabía, pero no las decía.

—¿Ni siquiera «caca»?

—¡No seas maleducado, Pedrito! —saltó impaciente Bea—. ¿No ves que estamos merendando? Termínate la tarta, anda.

—No me la termino. Sabe a jabón.

—Pues vete a jugar con la bici y déjanos un rato en paz. Pero lávate antes. ¡Te has puesto los dedos perdidos de chocolate!

—Me voy adentro con Toña, que me cuenta historias de miedo.

Toña era una doncella filipina que nos había servido la merienda en una mesa con mantel bordado.

Hubo un silencio cuando Pedrito se fue, y mis ojos se cruzaron con los de su padre, que es a la vez mi hermano mayor. Nos mantuvimos la mirada, y había un relámpago de verdad en todo. De pronto era como si esperáramos uno de otro algo que diera pie a un cierto reconocimiento.

—Las criadas siempre saben cuentos de miedo —dije yo—. ¿Te acuerdas de Fuencisla?

—Claro —contestó en voz baja, mientras clavaba los ojos en los bordados del mantel—. Ahora mismo me estaba acordando, pobre Fuencisla. ¡Pero tú eras tan pequeño!

—¿Y eso qué tiene que ver?

Parecía sobrecogido. Fue el único momento a lo largo de toda la tarde en que Bea desapareció.

Después de merendar, entramos un rato en la casa, nos pusimos a mirar dos álbumes de fotos que tienen y es cuando caí en la cuenta de que mamá el día de su boda llevaba

un traje color chocolate claro. Y me ha parecido rarísimo también acordarme de que yo a Bea y a Olalla las conocí el mismo día. Desde el domingo no paro de darle vueltas a eso, como al brocal de un pozo.

Pero bueno, tampoco es cosa de saltarse diez años de una zancada, aunque anoto, para que no se me olvide luego, que la visita al chalé de La Moraleja es lo que me ha revuelto la maraña de los parentescos. Y otra maraña más misteriosa todavía: la del paso del tiempo.

Me ha servido para arrancar a contar cosas de la boda de mis padres. Que tampoco importa la boda en sí misma, sino por lo que vino luego. Y también por lo que había enterrado antes, que no es poco. Algo saldrá, si no me aburro.

Sentiría aburrirme, ya que me he puesto.